

LA CRISIS ECOLÓGICA Y EL «NUEVO ORDEN MUNDIAL»

por José Ricardo Belmonte

Ya que las bolas de cristal no resultan muy eficaces, puede resultarnos de mayor utilidad dejar pasar unos meses y ver como evolucionan las situaciones. Vivimos en la era de la información: «El conocimiento es poder», se dice, pero constantemente asistimos a la ceremonia del olvido y del eterno retorno.

Los americanos (del norte) han cambiado de presidente, Sadam Hussein sigue en Bagdad, pero ya nadie se pregunta qué fue de los cormoranes del Golfo Pérsico, que fueron primera página en todos los periódicos.

¿Qué podemos concluir hoy, a varios meses de la celebración de la llamada: «Cumbre de la Tierra» en Río de Janeiro? ¿Fue algo inútil, como podría concluirse ante la falta de acuerdos adoptados, o sirvió para crear una conciencia mundial de la existencia de una crisis ecológica? Podríamos pensar que, por lo menos, mucha gente oyó hablar de ello.

Existen, en este momento, varios cientos de miles de científicos en el mundo, miles de revistas científicas, decenas de revistas de Ecología e incluso, sorprendentemente, muchas de Filosofía. Con tantas páginas publicadas, podrían pensar que tenemos datos objetivos sobre la situación del mundo. ¿Estamos seguros de algo?

Nadie se atrevería a dudar hoy de la realidad de una serie de problemas medioambientales de escala mundial, pero no se llega a un consenso sobre posibles soluciones. Muchos creen en la aplicación de remedios puntuales a problemas parciales, manifestando una fe infinita en las posibilidades de la tecnología. No existe, en general, la idea de que asistimos a la crisis de un modelo de sociedad.

Cuando el Imperio Romano estaba en su apogeo, ya existían en su interior unas personas, los cristianos, que habían cambiado sus dioses. Eran el germen de lo que inevitablemente tenía que ocurrir. ¿Son los ecologistas los anunciadores de una nueva decadencia? ¿Se acerca un nuevo bucle de la Historia? O nos encontramos ante una situación absolutamente nueva para la que no sirven las muletilas. Nada detiene al carro cuesta abajo, hasta que se estrella. ¿A dónde vamos y, sobre todo, a dónde queremos llegar?

El objetivo de estas líneas es sembrar la inquietud, sugerir que estamos en los albores de una era radicalmente distinta y que su Utopía no va a ser el llamado: «Nuevo Orden Mundial». Todos los imperios quieren creer que van a ser eternos, pero cuando a un término se le antepone la palabra «nuevo» podemos pensar que estamos ante otra versión de lo mismo. La futura sociedad mundial será ecológica o, probablemente, no será. No faltan indicios de futuro. El mismo imperio americano está asistiendo al nacimiento, en su interior, de varias naciones.



Podemos fijar el comienzo de esta nueva era. El acontecimiento más importante de este siglo ocurrió, posiblemente, cuando los astronautas del Apolo VIII, en su viaje para circunvalar la Luna, vieron el pequeño Planeta Tierra, que por su color debería llamarse Agua, flotando como una joya azul en la inmensa negrura del Espacio. El Hombre, por primera vez, abarcaba de un solo golpe de vista todo su planeta. Nacía la era de los límites del crecimiento.

Si se mira de día la Tierra desde el Espacio difícilmente se aprecian huellas de la presencia humana: el lago de Assuan, la Gran Muralla china... de noche el planeta se llena de puntos de luz, en un derroche de energía, es la marca de la presencia humana.

Existe, por supuesto, una Crisis ecológica. El Hombre está alcanzando sus límites. La Crisis es multiforme y alcanza todos los rincones: hay DDT en el hígado de los pingüinos de la Antártida, 500 toneladas de basura en el campamento base del Everest y una tercera parte de la Humanidad pasa hambre.

En cambio su origen es único, vivimos en un planeta de recursos limitados aunque, afortunadamente, muchos de estos recursos son renovables. Pero, como pronto se impondrá el hablar de Economía, nos estamos comiendo el capital en lugar de las rentas.

El Hombre rompió hace mucho tiempo su equilibrio con la Naturaleza, lo hizo al convertirse en especie inteligente, pero el desequilibrio fue asumible por esta, hasta el advenimiento de la Revolución Industrial. Hemos conocido anteriormente ascensos y caídas de civilizaciones con una causa ecológica. Cuando esto ocurría, la ruina se circunscribía a pequeñas zonas: la salinización del valle del Indo, por ejemplo. Desde la implantación del Capitalismo, el proceso se ha acelerado y es el propio equilibrio de la Biosfera, en su totalidad, lo que está en peligro.

Superpoblación, destrucción de hábitat con pérdida de patrimonio genético, polución de los ríos y los mares, residuos nucleares, agujero de ozono, calentamiento global del Planeta por efecto invernadero, polución atmosférica, lluvias ácidas... son los modernos jinetes del Apocalipsis; con sus corolarios en las sociedades humanas: escasez de agua potable, enfermedad, hambre, guerras, muerte.

Existe un consenso a escala mundial, sobre la gravedad de estos problemas, con la posible excepción del cambio climático. Se ha trabajado mucho en su estudio y conocemos soluciones. ¿Por qué no se aplican?

En una sociedad, saturada por la información, los mensajes catastrofistas no movilizan ilusiones, ni atraen votos en una democracia. Hay que ofrecer ilusión, esperanza, futuro... sobre todo si lo que se está proponiendo es un cambio radical en el modelo de sociedad. El ecologismo ha tendido a ser catastrofista, quizá era indispensable jugar ese papel profético, pero ahora es el momento de actuar.

Una frase hecha, pero cierta, del actual Movimiento Ecologista es: «Piensa globalmente, actúa localmente». La aplicación de soluciones tiene que empezar en el nivel del propio ciudadano. El cambio de los actuales hábitos de consumo, tan derrochadores, y la educación de la juventud en unos valores diferentes de los actualmente imperantes del «tanto tienes, tanto vales» serían los primeros pasos.

Hay que continuar con el nivel de asociaciones no gubernamentales, algunas de las cuales ya comienzan a influir en la conciencia de la sociedad: FAPAS y la



protección del oso pardo en la cornisa cantábrica; GREENPEACE y sus campañas de ballenas, vertidos al mar etc.; AEDENAT y su Iniciativa Legislativa Popular pidiendo el cierre de las centrales nucleares y su sustitución por otras fuentes de energía no contaminantes y renovables, son ejemplos.

Aunque solo el 1% de los españoles pertenece a una asociación ecologista, ya un 75% considera que los problemas medioambientales son muy graves, aunque es muy poco lo que estarían dispuestos a hacer para solucionarlo.

La medida más popular que reflejan las encuestas realizadas sobre temas medioambientales sería la creación de impuestos especiales para las empresas contaminantes, trasladando de este modo el problema a la gestión del Estado, pero sin plantearse cambios en su estilo de vida excepto los mínimos. Del mismo modo, mínimos son los cambios sociales que cabe esperar de la gestión de unos estados cuyo objetivo fundamental es perpetuarse.

En la línea de preocuparse, hablar mucho y no hacer nada, cabría incluir la Conferencia de Río. Los cuatro textos fundamentales que se discutieron: «Convenio sobre Biodiversidad», «Convenio sobre Cambio Climático», «Agenda 21» y la «Declaración de Río» carecen de mecanismos que permitan obligar a su aplicación de manera directa e inmediata.

Tras la Cumbre de la Tierra, a la que a punto estuvo de no acudir el Presidente Bush, seguimos teniendo emisiones de gases que producen alteraciones climáticas y desaparición de la capa de ozono; pérdida de especies animales y vegetales al ritmo de un 0.5% anual, especialmente en la Amazonia; contaminación, desertización, pobreza y hambre. En 1993, en Manchester, volverán a reunirse los dirigentes del Mundo para seguir hablando de estos temas, en una nueva Cumbre de la Tierra.

La solución no puede ser exclusivamente reformista, más de 1500 científicos, entre ellos la mitad de los Premios Nobel que viven, han firmado un manifiesto pidiendo cambios fundamentales en la forma en que se administran los recursos del Planeta para evitar un desastre medioambiental.

Esta «Advertencia de los Científicos del Mundo a la Humanidad», aparte del consenso que supone dentro de la comunidad científica internacional, es importante porque hace hincapié en los términos económicos del problema, poniendo en evidencia que la resolución de la crisis no va a venir de la aplicación de nuevas técnicas. El manifiesto propone desviar los actuales gastos militares (más de 1 billón de dólares al año) a solucionar la crisis ecológica y cita el sobreconsumo de los recursos mundiales y la sobrepoblación como los orígenes del problema, aunque actuando, obviamente, en ámbitos geográficos distintos.

Son también tajantes al criticar el liberalismo económico y afirmar la incapacidad del mercado en el tema medioambiental, creyendo imprescindible una regulación de tipo superior.

El sistema capitalista, que se basa en el crecimiento indefinido de la producción, necesita mercados en expansión, pero las colonias, que solucionaron otras crisis, se han acabado. No existen espacios libres en el Planeta y por desgracia no tenemos ningún planeta habitable al alcance.

La introducción del concepto «Desarrollo sostenible» por contraposición al crecimiento indefinido, ha sido uno de los puntos más aclamados en la



Conferencia de Río. y esto, que si bien es imprescindible para los países que viven en la pobreza, no debe ocultar que el problema no es sólo de desarrollo sino principalmente de redistribución.

Con sólo el 18% de la población mundial, los países industrializados consumen el 80% de la producción mundial de energía comercial y un nivel semejante encontramos en otros indicadores macroeconómicos. A pesar de esto muy pocos países dedican el mínimo del 0,7% de su PIB a la ayuda al desarrollo de los países pobres, a pesar de lo limitado de este objetivo.

Aun con la actual crisis económica, de la que tanto se habla, cualquier persona que lea este artículo disfruta de mayor calidad de vida que la que disfrutaron reyes como Felipe II: agua caliente, variedad de comidas, entretenimiento etc.. y sorprendentemente la sensación que nos domina, en muchos casos, es la frustración por desear algo que no tenemos. Confundimos calidad de vida con posesión de objetos y nos marcamos de este modo metas inalcanzables.

El modelo social existente y los economistas, los modernos aprendices de brujos, nos marcan como objetivo magnificar la producción de objetos, a ser posible con un aumento del 3% anual. Hasta ahora se ha ido consiguiendo, en algunos países, gracias a las inmensas cantidades de energía fósil (petróleo, carbón) dilapidadas en dos generaciones y a la explotación, a escala planetaria, de recursos no renovables.

Y con todo esto hemos conseguido crear una Sociedad extremadamente desigual con diferencias abismales entre los niveles de vida de Estados Unidos por un lado (y aún solo ciertas clases sociales) y el de Etiopía o Haití por otro. Este esquema es insostenible, no solo por el propio agotamiento de los recursos, sino porque el actual flujo de información lo impide. Ahora los del Sur saben cómo viven los del Norte, lo ven todos los días en televisión.

El tremendo éxito de los Estados Unidos en exportar su «American way of life» no ha tenido en cuenta la práctica imposibilidad, para el resto del mundo, de alcanzar ese nivel de desarrollo/consumo. La «privilegiada» posición geográfica de España nos coloca en primera línea para observar las consecuencias de esta situación. Los inmigrantes que se ahogan en el estrecho de Gibraltar estuvieron la noche antes viendo Televisión Española en un café de Tánger o Nador. Un grupo ecologista homenajeaba hace dos meses a los magrebíes muertos en el Estrecho. Un signo de los tiempos y una actitud ecologista inimaginable hace pocos años.

El «Nuevo Orden Mundial» hace así aguas antes, incluso, de constituirse. Hemos vivido la primera guerra neo-colonial por el control del petróleo del Golfo Pérsico y resulta obvio que en Liberia o en Bosnia-Herzegovina no hay petróleo.

Todos los programas y autoridades económicas de Occidente reconocen la existencia de una crisis en el Sistema, pero las soluciones que proponen siguen siendo las mismas: hay que crecer, el PNB tiene que aumentar un 3% al año... ningún economista se atreve a confesar que eso es imposible, probablemente porque nunca le enseñaron como era el mundo real, solo sus modelos.

Los fondos que se crean (Río) para fomentar el desarrollo se ponen en manos del Banco Mundial, a pesar de su trayectoria claramente depredadora del medio ambiente. Y se proponen políticas restrictivas para la producción agraria, pese a que en este momento el problema número 1 de la Humanidad es el hambre.



Tomando prestada una idea del Profesor Sampedro, uno de los pocos economistas que en este país hablan de los límites del crecimiento, comparemos la Economía con la Física. En el presente siglo la Física, que estudia una realidad inmutable, pasó de ser newtoniana a relativista y hoy la Teoría de Catástrofes y el estudio de los procesos alejados del equilibrio suponen una revolución de la misma entidad. En cambio la Economía, que estudia sociedades humanas y, por tanto, mudables; sigue trabajando con las mismas hipótesis que en el siglo XVIII y, por no imaginar, querría creer que ha llegado «El Fin de la Historia» (F. Fukuyama).

Sí que podemos estar llegando al fin de un modelo de Sociedad depredadora e insolidaria. La acumulación de: superpoblación, escasez de recursos, desigualdades regionales, degradación de los hábitat... no dejan más salida que una Revolución ecológica. Y tampoco es muy grande el tiempo disponible antes de que nos encontremos con los límites.

El «Nuevo Orden Internacional» y la crisis ecológica van íntimamente ligados, el destino de los países pobres y el del Planeta Tierra es inseparable. Ya no es posible una opción meramente conservacionista o de creación de Espacios Naturales Protegidos, el Movimiento Ecologista Radical se define como tal porque intenta ir a la raíz de los problemas y esta casi siempre es económica.

El verdadero «Desarrollo Sostenible» será aquel que asegure la armonización y solidaridad de todos los pueblos del Planeta, junto con la solidaridad intergeneracional con nuestros hijos, pues «esta Tierra no la hemos heredado de nuestros padres sino que la tenemos en préstamo para nuestros hijos», según el proverbio Massai, hoy idea básica del Movimiento Ecologista.

Posiblemente la imagen que se desprenda de estas líneas sea la de una maraña o una red, pero no existen problemas aislados, sino una relación de interdependencia entre todos ellos y esa es la premisa fundamental de la Ecología. Además nuestro ecosistema es ahora la totalidad del Planeta. Pero, del mismo modo, no existe una solución única a la crisis ecológica ni esta puede ser aplicada unilateralmente.

Tenemos, o podemos conseguir, toda la información que deseemos, pero se trata de realizar, previamente, una elección personal: ¿Qué modelo de Sociedad elegimos? y ¿Por cuanto queremos que dure? Si nuestra elección es por una sociedad más justa, solidaria, no depredadora, en que todos los hombres puedan alcanzar una calidad de vida digna, con este punto de partida podemos modificar nuestras actitudes personales, que ya es mucho; pero si queremos que el cambio impregne a la Sociedad y ocurra realmente, es a través de las Organizaciones No Gubernamentales por donde va el camino. No podemos esperar que el imprescindible cambio parta de una organización política cuyo fin primordial es perpetuar el estatus establecido. A no ser que se vea obligada.

José Ricardo Belmonte Avilés.

Doctor en Ciencias.

Catedrático de Física y Química.

Socio de AEDENAT.